

CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

NOTAS AL BALANCE SOCIOLOGICO
DE LA ERA INDUSTRIAL

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 43, 1967

Notas al balance sociológico de la era industrial

por el Académico de número

EXCMO. SR. D. CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

Sobre la caracterización de la Sociedad industrial

El tema de la Sociedad industrial que ocupó la atención de la Academia durante el curso último, sigue siendo objeto de tratamiento en el presente, ya que al determinar las tareas que durante él habían de ocuparnos, se entendió que la importancia del asunto requería análisis más prolijos y precisiones suscitadoras de una prolongación.

Inició el señor Larraz la exposición durante este curso refiriéndose a las implicaciones del tema en la estructura del Poder político. Yo, en breve reflexión, quisiera referirme a algunos aspectos de la evolución general de la Sociedad que viene siendo estudiada: a la dialéctica que despliega, con sus inevitables contradicciones, con sus avances y retrocesos, y dejando en pie la incógnita de si sus posibilidades conducen hacia la unidad constructiva y pacificadora.

La Sociedad industrial es la expresión de una época. Esta palabra —época— no está empleada aquí en su acepción cronológica, sino histórico-sociológica. Y lo que confiere este significado a las épocas y permite catalogarlas atendiendo a su sentido es el sistema de ideas y de vivencias que en ellas se articula con peculiares caracteres.

En sus orígenes y en su desarrollo toda Sociedad está membrada, y en todo el desenvolvimiento el núcleo muestra capacidad de asimilación tanto como aptitud troqueladora que deja su impronta en todas las manifestaciones de la existencia. Una Sociedad y una época no

pueden ser definidas por las tendencias que quedan sueltas, sino por la validez preponderante del principio que configura un modo de vivir colectivo. La libertad necesaria sólo adquiere rango efectivo con referencia a ese valor que condensa el índice de las vigencias. En suma, *una época es un principio que triunfa y se realiza* (Ruiz del Castillo, "En el confín de dos épocas". Santiago de Compostela, 1939).

Más allá de las épocas orgánicas, que llegan a agotarse en la inmovilidad, y de las épocas críticas que dilapidan las energías y llegan a romper el ritmo del desarrollo, están las épocas disolventes en las cuales todo vínculo social se corroe y toda ilusión creadora se enerva. Son las épocas en que la pérdida de un sentido de la vida engendra la angustia que conduce al nihilismo.

Sin detrimento del dinamismo histórico, el desarrollo encuentra ritmo y compás dentro del modo de ser y de estar que determina un ciclo vital y configura un tipo de Sociedad dotado de cierta persistencia.

El principio preponderante que caracteriza cada época histórica logra la subordinación de los elementos y criterios existentes y los traba en una ordenación nueva. Cambia el conjunto por la ordenación que confiere nuevas proyecciones a la vida social considerada como un todo. Hay que referirse a esta preponderancia organizadora para dar nombre a cada época.

Existe acuerdo en considerar a la Sociedad moderna como Sociedad industrial. Es el adjetivo lo que acredita el carácter configurador del tipo de esta Sociedad. Porque en un sentido intemporal habría que considerar la actividad industrial como característica del ser humano: la que se asocia al *homo faber* y deja ya su huella en las actividades del hombre primitivo y en la fabricación de los primeros utensilios.

Actividades y obras industriales acompañan, en efecto, a cualquier etapa del desenvolvimiento, pero hasta donde es dable remontarse en la Historia, sólo en los tiempos modernos la actividad humana va a caracterizarse masivamente por la utilización técnica y socialmente organizada del invento: de un invento, además, producido en oleadas.

Surge una nueva calidad histórica inherente a la aceleración que actúa en el doble sentido de extensión y profundidad. Parece que esta aceleración y los cambios que produce ofrecen una visión revolucionaria. Como Revolución ha designado el lenguaje habitual a la era del industrialismo.

El sentido de Revolución

Toda Revolución de signo histórico implica la existencia de un movimiento total productor de un cambio que refleja y a la vez transmuta la concepción cultural y la posición del hombre en la vida. Repercute así en todos los sectores de la existencia, y el cambio producido acentúa la permeabilidad entre el pensar y el obrar de los hombres.

El modo de pensamiento técnico, distinto del científico y del filosófico, aunque todos ellos se influyen recíprocamente, marca un predominio que se refleja en las ideas y en el lenguaje, acompaña a toda creación e impera en los usos y en los gustos sociales.

Entonces el término Revolución puede ser considerado en doble acepción: unas veces designa simplemente la transformación de las formas de vida lograda en virtud de un movimiento acelerado; otras expresa la conmoción y el traumatismo causados por el empleo de la violencia produciendo una subversión y un cambio súbito de estructuras.

Suelen aparecer combinados ambos elementos, pues la aceleración social es frecuentemente un resultado, no único pero sí concomitante, del empleo de la fuerza, que opera, por lo menos en lo externo, el cambio. Pero la fuerza sin el supuesto de una mentalidad que se encuentra ya en las vías del cambio no produce por sí sola las revoluciones transformadoras, sino los motines o los golpes de Estado, según el ángulo de donde la fuerza emerja.

Podría caracterizarse la diferencia entre las revoluciones políticas y las sociales atendiendo a esos modos de irrupción de la fuerza. Pero una consideración más profunda autoriza a caracterizar a las primeras como productoras de un cambio súbito en la estructura —así en el caso de sustitución de formas de gobierno—, mientras que las segundas, las revoluciones sociales, no pueden ser entendidas sino refiriéndolas a un *proceso* de transformación que afecta a las esencias y va acompañado de la acción del tiempo, por lo cual el acto revolucionario es solo un momento, acaso decisivo, pero nunca exclusivo.

La idea de revolución comprende de este modo la de evolución, y no es su antítesis. Ambas ideas se subsumen en otra: la de *proceso revolucionario*, o sea, la revolución como trayectoria, y no sólo como ruptura. La llamada "Revolución permanente" es concepto que se ampara en una evolución que implica mutaciones incesantes.

Abondando en esta idea de proceso, es como pueden ser analizados los fenómenos del cambio social con independencia del procedimiento

que los opera y cuyos resortes, sumidos como estamos en el proceso mismo, escapan en gran medida a nuestra percepción.

Es la idea de transformación acelerada, dotada de cierta inmanencia, el hilo conductor del proceso del industrialismo, con el cual adviene el empleo de una técnica generalizada que se apodera de la total actividad, salta desde la fábrica al campo, penetra en el hogar y entroniza la mentalidad urbana.

La extensión y la intensidad transformadoras logran alcance planetario, y en todo este proceso de radical transformación, cumplido en breve tiempo, la fuerza ha sido sólo un elemento esporádico y adjetivo.

Se explica de este modo que tal transformación profunda y continuada que nos permite designarla con el nombre de Revolución en la perspectiva histórica, no asumiera este carácter en la consideración de los contemporáneos del nacimiento. Hoy nos es lícito medir las transformaciones con los módulos del cambio revolucionario y enumerar incluso las varias revoluciones producidas en y por la sociedad industrial, en consonancia con el descubrimiento y la utilización de las fuentes de energía. Pero la máquina de vapor, vehículo y símbolo de la primera revolución industrial, no indujo a los hombres que la pusieron en marcha y a los destinatarios de sus productos a percatarse de la trascendencia del cambio que se iniciaba: faltaba madurez en la conciencia histórica para percibir el signo de la edad nueva, la cual habría de estar jalonada por los sucesivos perfeccionamientos de la máquina, por el aumento de su producción, por las transformaciones revolucionarias del mercado y por los múltiples incentivos brindados a la inventiva.

El progreso y la sociedad industrial

El industrialismo que acelera el cambio social transforma —no siempre para bien, según se verá— las condiciones de vida y crea el mito del progreso, que alcanza caracteres tangibles cuando encarna en formas tecnológicas. A diferencia de la *idea del progreso*, abstracción propia de un estadio histórico dominado por la madurez de la especulación intelectual, los progresos técnicos, recabando autonomía, van a lograr resultados empíricos y utilitarios, puestos al alcance de la generalidad y forjadores de una estructura peculiar de la civilización.

Iba a ser largo el recorrido. Como ha señalado Carlton J. H. Hayes, “los efectos económicos inmediatos de la revolución industrial fueron, por un lado, aumentar enormemente la riqueza y el capital ingleses y,

por otra, degradar a las masas inglesas y engrosar el proletariado urbano" ("Historia política y cultural de la Europa moderna", 2.^a edición, vol. II, cap. XV).

La cara y la cruz del progreso tecnológico merece siempre un análisis detenido, el cual ha de ceñirse a la concreta situación del desarrollo. Porque es indudable que todo progreso, para ser efectivo, ha de manifestarse mediante el juego que permita absorber las propias tensiones que el perfeccionamiento crea. Por eso hay que someterlo a balance crítico.

El progreso ha de ser estimado en su conjunto, y no en el desarrollo de cada una de las partes. No es continuo el curso del desarrollo, y los avances se logran a expensas de retrocesos parciales. El concepto unilinear del progreso responde a la visión idealista de un progresismo falaz. Ni siquiera la representación gráfica de la espiral que capta los *corsi* y los *ricorsi* de la gran concepción de Vico es suficiente para explicar el progreso, pues éste no sólo está interferido por la aparición de elementos que se interponen en su curso y en parte lo desvían, sino que crea nuevos ejes de desarrollo en oposición al núcleo central o punto de origen, lo cual explica que todo invento, junto a su función propia —el acoplamiento a la necesidad para que fue creado—, establezca funciones marginales que actúan a veces como elementos de contrapartida. Es lo que está aconteciendo con ese ápice de la era industrial que es la automatización. Las energías liberadas y el tiempo libre que la automatización suscita podrían inscribirse en la esfera del ocio ennoblecido por la cultura. Pero ofrece también incentivo al pluriempleo como exigencia de nuevas necesidades, y el trabajo simplificado por la máquina prolifera en nuevas direcciones a impulsos de la prisa que envuelve y degrada la actividad en nuestro tiempo. Por todas estas razones queda empañada la noción de progreso como avance que se identifica con metas logradas por un desenvolvimiento previsible.

Las nuevas satisfacciones no solo suscitan nuevas exigencias, sino que atrofian los órganos de percepción de satisfacciones que, reputadas de orden inferior, están más próximas a lo que en la naturaleza existe de elemental y permanente. Así, en el orden del comportamiento las restricciones de la libertad natural son resultados de la libertad social que sujeta al imperio de una creciente reglamentación administrativa los movimientos del hombre urbano. En otro orden de valores —los que satisfacen el interés contemplativo—, cabría señalar el contraste entre la facilidad de que dispone el hombre de la urbe para frecuentar los

museos, y la dificultad que su *habitat* le opone para contemplar la naturaleza.

En definitiva, la posesión de los medios resulta deficiente en todo caso para servir fines personales que son por su propia constitución expansivos y que se cifran en conseguir la felicidad mediante el apogeo del bienestar y el enriquecimiento de la vida espiritual.

Precisamente son las metas de la felicidad las que se alejan al recorrer el camino innumerable del progreso. El tósigo de la ambición —la ambición de riqueza, la ambición de mando— lanza hacia nuevas direcciones sutiles a los hombres que alcanzan posiciones cimieras. La lucha por el poder y la conquista de los mercados despiertan apetitos que conducen al político y al empresario a la eliminación de concurrentes, y nunca la conquista conduce al aquietamiento mientras no es rebasada la esfera tecnológica.

Por otra parte, el logro de cualquier clase de ambición material engendra el hastío, y hay que saber detenerse en los rellanos de la renuncia y buscar en el hontanar de la vida interior el complemento del destino personal y la proyección de éste en un destino logrado en común. Es posible que la conformidad y la resignación necesiten desplegar recursos inéditos en las situaciones privilegiadas. Acaso ilustra decisivamente esta tesis la estadística de suicidios en los países de elevado nivel de vida. Ella acredita que no es la miseria el motivo más frecuente de la desesperación y que los más desesperados no son los más miserables.

La ambición, creadora del progreso, puede cavar la fosa de la felicidad porque renueva las formas en presencia de las nuevas oposiciones suscitadas por las crecientes exigencias. La ley de la selva, el “*homo homini lupus*” son susceptibles de adaptaciones y pulimentos que dejan incólumes los móviles que inspiraron la acción de los hombres primitivos.

Es todo un símbolo de necesidades de nuestra época la proliferación pedagógica de las normas de relación social impartidas en las específicas enseñanzas de las “*public relations*” y cuya difusión prefabricada se confía a los medios publicitarios y propagandísticos. En orden parejo, advienen las nuevas técnicas que trasladan al campo administrativo el “*taylorismo*” y el “*fayolismo*” con los cursos de Organización y Métodos. Los elementos auxiliares destinados a reforzar la convivencia y a encauzar el fresco impulso de la espontaneidad se tornan elementos sustantivos y planeados en todo el ámbito de la actuación. Y hay que reconocer que algo muy importante falla en la vida común cuando es necesario

apelar a la Didáctica para que remplace con razones a las vivencias. Es siempre en las horas críticas cuando se producen las llamadas de urgencia a una razón abstracta desprendida de las creencias que son el soporte de las instituciones. Son tiempos de escepticismo en la utilidad de lo establecido. En uno de esos recodos del acontecer, Aristóteles invoca el Derecho natural para defender la institución de la esclavitud, la cual, según el enjuiciamiento de la época, no pertenecía ya a la naturaleza, sino a la Historia.

La primera etapa de la Revolución industrial generalizó las formas de concurrencia: en el comercio, mediante el espíritu competitivo; en la política, mediante el liberalismo; en la vida internacional, mediante el nacionalismo. Se trata siempre del desenvolvimiento de una libertad creadora vinculada a la expansión de la iniciativa.

La iniciativa encuentra nuevos campos de experimentación en la edad del invento. Es conocida la explicación de las virtualidades sociales que el invento posee en virtud de su propagación imitativa. Aplicando la dicotomía de Gabriel Tarde, la invención, debida al genio individual que sienta con vigor el precedente, promueve las corrientes de imitación, propias del espíritu gregario. El mismo Tarde señaló las dos direcciones en que se produce la imitación: hay una imitación-costumbre y una imitación-moda. Por la primera, unas generaciones imitan a las anteriores y prosiguen la marcha por sendas de tradición. La segunda no actúa en el ámbito de las generaciones, sino en el de los individuos de una misma generación y representa el impulso de movilidad productor del cambio.

Ocurre, sin embargo, pensar que, a diferencia de la moda, la costumbre es un legado, un depósito que se transmite, se conserva y se acrecienta por la adhesión y la obra común. No hay gregarismo donde existe lo comunitario, y la imitación, que reproduce pero no continúa, resulta explicación deficiente de la costumbre. La moda, en cambio, responde a leyes de repetición imitativa, es epidémica en su propagación y epidérmica en su consistencia. No aspira a la duración, sino que su ornato es la versatilidad y su única razón el tributo rendido a lo que "se lleva".

Los escollos del pluralismo

Disuelta la costumbre por la moda, el panorama de la cultura está dominado por las tendencias pluralistas y es difícil hallar el vínculo unificador.

Es distinta la significación que tienen las distintas culturas según el concepto de Spengler. Concebidas como todos cerrados y recíprocamente impenetrables, cada una de ellas posee su alma común, su principio de unidad. Pero cuando esos orbes independientes e incommunicados rompen la rigidez de sus fronteras y surge la civilización universalista, el pluralismo de las culturas se transmuta en un pluralismo que actúa a escala también universal dentro de una totalidad que carece de principio unificador y está privada del criterio que aglutina las diversidades en una unidad superior. No puede existir sino la unidad formal establecida por la tolerancia, virtud recomendable en el plano del comportamiento humano, pero insuficiente para asegurar la cohesión comunitaria que ha de fundarse sobre ideas y aspiraciones compartidas. Especialmente, la tolerancia, apta como fórmula de paz, no basta para detener el proceso de la escisión social, estimulada por las tendencias de atomización que son causa de incoherencia y fermento del descontento reflejado en las crisis de los sistemas y en el fraccionamiento de la opinión de que son portadores los partidos políticos.

Acaso nunca como en nuestra generación se ha producido tan súbita y aceleradamente el cambio social. El invento tecnológico ha permitido que la humanidad conociera en menos de dos siglos avances incomparablemente más numerosos que los logrados a lo largo de dos milenios anteriores. Baste considerar, y se aduce como ejemplo trivial, que las diligencias en que viajaba el hombre del siglo XVIII apenas diferían de los vehículos de los emperadores romanos. Este factor tecnológico es indudable que ha actuado como elemento de igualación.

Es en los órdenes de la convivencia y del perfeccionamiento moral y social donde ha sido compatible con el impacto técnico la multiplicación de las experiencias que parecen haber agotado el repertorio de las fórmulas de vida colectiva. También en el período de una generación han sido ensayadas las formas más dispares de existencia social y cívica. Han alternado las formas de la más avanzada democracia con las de totalitarismo autoritario en los modos dispares del comunismo y del fascismo; las campañas de un internacionalismo agresivo que llegó a la negación de la idea de patria y las dos guerras mundiales que reavivaron en todos los países el fervor nacionalista; los movimientos reivindicadores de la tradición clásica en el pensamiento y en el arte y la descomposición intelectual que resquebraja los sistemas y rompe en el arte la norma y la configuración; el materialismo como concepción y como práctica de vida junto a las manifestaciones de la fe multitudinaria en los Congresos Eucarísticos universales...

Ya que el pluralismo parece irreductible, se aspira a articular pluralísticamente también la convivencia para que no quede sacrificada ninguna libertad: ni las de los individuos ni las de los grupos sociales.

Los conflictos se producen entre las ideas que, como el espíritu, soplan donde quieren, y las exigencias de la organización que jerarquiza la sociedad industrializada e impone una disciplina creciente en la Economía y en los servicios. Entonces brota y prospera un pluralismo que adopta sesgo administrativo, y es dentro de las disciplinas administrativas, absorbentes, pero distribuidoras de beneficios y favores, donde tiene lugar, según se ha observado, “un complicado sistema de compromisos y equilibrios” y donde “la proliferación de partidos políticos de orientación ideológica y de grupos divergentes cede ante grupos burocráticos de presión en pugna por el detalle administrativo más que por esquemas grandiosos” (Gómez Millas, prólogo a “El industrialismo y el hombre industrial”, por Kerr y otros autores. Buenos Aires, 1963).

Nuevas formas de gestión descentralizada aspiran a remplazar la gestión centralizada en los órganos de la administración jerárquica. Las tensiones grupales entre los contratantes en los convenios colectivos abren cauces moderados en la Unión Soviética al principio de la autonomía de la voluntad, resorte de la contratación. Sobre bases de autogestión se articulan los grupos industriales y obreros en la economía y en los órganos de representación en Yugoslavia.

Naturalmente que estas tendencias repercuten en todos los sectores y elementos del trabajo: en sus móviles, en su disciplina y en su retribución. Se ha dicho, verbigracia, que el método comunista combina en proporciones variables y en momentos diferentes los incentivos monetarios, la devoción a un credo revolucionario y la compulsión del terror (Kerr, ob. cit.).

El común denominador de tendencias pluralísticas que en defecto del ascendiente de un principio que les sea común ceden ante los niveles del bienestar obtenido a costa de una reducción de libertades, acaso marca la era de aquel imperialismo administrativo cuyo advenimiento previó Hauriou, en forma de una democracia autoritaria, superadora de las etapas de las viejas aristarquías patricias y de los modernos derechos formalistas y realizadora de una igualdad social sólo compatible con la aristocracia de las instituciones.

Dirigismo y masificación

El pluralismo administrativo es el señuelo del monopolio de la dirección política. No hay poder compartido, sino mera autonomía funcional, suscitadora de los equipos para el trabajo industrial y para el científico. El equipo llega a asumir iniciativas, y éstas dejan de ser estrictamente personales. La idea de empresa se satura de estas esencias y el progreso se mide por la importancia de las obras colectivas, entre las que François Perroux enumera: la explotación de los desiertos, la fundación de ciudades de la ciencia (Siberia), la invención de una capital símbolo de una nación nueva (Brasilia), las empresas planetarias de explotación de los satélites de comunicación y de los satélites meteorológicos, etc. (“La industrialización del siglo xx”. Buenos Aires, 1964).

¿Nos encontramos en presencia del cumplimiento de la profecía del viejo sindicalismo cuando auguraba en la sociedad del porvenir la sustitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas?

El área de la libertad material se restringe para el hombre en la medida en que su actividad se cosifica y en que el mando, menos solemne en su imperio, es más extenso y eficaz operando con un ejército de expertos y burócratas. Nuevas formas de racionalización van recluyendo a la libertad en la esfera del pensamiento abstracto y alejándola de la de las actividades cotidianas y vitales. La socialización del invento y los disfrutes en común difunden sin duda el bienestar, pero la contrapartida de estos beneficios se encuentra en los efectos nocivos que ensombrecen el horizonte espiritual del hombre concreto y en el adormecimiento de la responsabilidad y de la iniciativa, ya que es tentador abandonarse a las previsiones de los planes públicos y a los mecanismos de la seguridad social.

El intento de tender puentes entre la planificación y la libertad ha sido consagrado en rúbricas bien divulgadas. En estos fastos prestigiosos, basta recordar los nombres de Mannheim y de Bárbara Wootton. No es de este momento la glosa del propósito y de los resultados. Pero nuevos peligros deben de acechar al hombre cuando tantos sistemas se disponen a defenderlo y proclaman como punto de partida la “dignidad de la persona”, emblema ya tópico de antitéticas ideologías. Al humanismo se acogen cristianos, liberales, marxistas y existencialistas, y la disparidad interpretativa recae sobre los medios más que sobre los fines del hombre temporal. La tensión entre persona y comunidad impregna los sistemas sociales y políticos y nadie piensa que estos términos sean in-

compatibles entre sí. Pero es en esta tensión y en los modos de enjugarla elevándola a síntesis donde se renueva el drama de la sociedad industrial y de la civilización tecnológica.

En esta cuenta de pérdidas y ganancias del industrialismo hay que anotar la nueva modulación de los conceptos de comunidad y poder político. No cabe ya considerar los actuales sistemas de mando político enfeudados a las antiguas concepciones autoritarias o dictatoriales. Menos aún al más ancestral paternalismo. Más bien rebrota una concepción de ilustración despótica fertilizada por las corrientes dirigistas de nueva aparición, respondiendo a criterios de empresariado.

La gran empresa planificadora ha tenido que comenzar por la planificación del hombre, planificación cuya forma social equivale al advenimiento de las masas.

No hay que desconocer que la masa se integra con un sustratum de valores comunes difundidos en el conjunto social, pero fácilmente se torna pasiva e inerte y resulta apta para dejarse conducir por cualquier sendero. La masa responde a las ideas de orden nivelado y de formación aglutinada. Es característico que el sesgo de las nuevas denominaciones sociológicas haya transmutado el concepto de multitud —la “foule” de Le Bon, el séquito o “gefolge” de los sociólogos alemanes, la “caterva” de Spann— por el de masa. La multitud no es homogénea, sino coexistente, a diferencia de la comunidad en la que no se coexiste, sino que se convive. La masa no es un todo disgregado, como la multitud, ni un todo orgánico como la comunidad: es un todo aglutinado que carece a la vez de iniciativa —y en esto se asemeja a la multitud— y de diferenciación interna, otro de los caracteres que la separa de la comunidad.

La edad de la máquina preparaba el camino a la edad de las masas. Es conocido el proceso: la concentración industrial, resultado inmediato de la industrialización, agrupa a los hombres en los reductos fabriles. La contigüidad crea el clima de las relaciones, y éstas alumbran la conciencia de clase que ha de instrumentarse mediante el ejército industrial.

Más adelante, el propio progreso tecnológico impone a las masas direcciones unitarias y desarrollos coherentes, para obtener los cuales es necesario sustituir la deliberación abierta por el contraste de criterios en los círculos restringidos de las especialidades.

En el orden político, ha sido visible la transformación que ha conducido desde el liberalismo hasta la democracia y desde la democracia política hasta la democracia social. A las primeras fases de la revolución

industrial correspondió la progresiva extensión del sufragio individual, que desde el censitario evoluciona hacia el universal. Los años de 1830 en Francia y de 1832 en Inglaterra jalonan muy expresivamente la tendencia, aunque Inglaterra retrasará hasta 1918 la plenitud de la universalización.

En esta vía, los avances del dirigismo en que se formaliza la tecnocracia se apoyan en la disciplina de las masas, y las nuevas limitaciones parlamentarias que imponen la restricción de las intervenciones de las Asambleas deliberantes aparecen compensadas por las apelaciones al referéndum. Se busca el efecto de que las grandes decisiones no carezcan del aura popular que suscitan y utilizan los órganos públicos impulsores.

En contraste con la masificación, cabe pensar que los incentivos de la cultura generalizada por la enseñanza obligatoria han de actuar como multiplicadores de "élites". La base de extracción de las capacidades, al ampliarse, parece favorecer la irrupción de nuevas minorías cultas, con aptitudes para asumir la dirección social. Pero Mannheim ha llamado la atención sobre las consecuencias, acaso paradójicas, de esta multiplicación: las "élites", al aumentar su número y sus tendencias, se cancelan recíprocamente y no adquieren una influencia duradera y destacada, con lo cual pierden importancia. También a ellas les alcanzan las salpicaduras de la masificación.

(Si se pretendiera aquí deducir consecuencias morales, habría que subrayar el hecho de que hay en la sociedad moderna muchas personas importantes y que nunca se han afanado tanto tantos hombres por lograr la notoriedad. Simultáneamente, y porque el número de los importantes rebasa la capacidad de la memoria social para retener tantos nombres ilustres, éstos caen pronto en el olvido. Hay que estar siempre en escena para evitar el riesgo de que cuando se deje de estar se deje de ser. Es la gran lección de humildad que nos da una época saturada de estímulos para sobresalir.)

Otro fenómeno del dirigismo actuando sobre la masa por procedimientos asimismo masivos es el que suscita la propaganda como forma de presión social. Los medios de comunicación de masas difieren de los de la mera propagación del pensamiento como ejercicio de un derecho individual.

Es, en efecto, la propaganda la gran revelación del pensamiento social contemporáneo. Ningún Régimen político se apoya exclusivamente en el "imperium" ni se contenta con producir literatura oficial. Todos asumen, cuando no en exclusiva en comandita, la misión informativa,

que plasma frecuentemente en un Departamento ministerial. Aspirar a la formación de una opinión pública y a un ámbito de popularidad es un modo de reconocimiento de la virtualidad de las ideas. Las formas masivas del dirigismo se benefician con los instrumentos modernos de difusión del pensamiento por la palabra y por las imágenes. Aunque es cierto que la propaganda brinda cauces a la concurrencia, propende a la condensación simplificada que golpea los cerebros con tópicos y *slogans*. Lo cuantitativo e indiscriminado prevalece sobre lo selectivo y diferencial, y de modo análogo al proceso irreversible que, en el campo económico, transforma insensiblemente la competencia en monopolio o en formas de concierto (*cartells, trusts y pools*), se concentran los instrumentos y sus maneras de empleo en un sentido favorable a la aceptación pasiva de pensamientos prefabricados, con inhibición del pensamiento personal. Asistimos así a la tiranía de los *patrones* tanto en el comercio del indumento como en el de las ideas y en el de la adopción de estilos de vida. Los *standards* prevalecen sobre las *directivas* y el hombre se siente cada vez más confinado en el ámbito de lo mostrenco y general.

Ha de repercutir fuertemente esta situación en el sentido de la creación cultural. La primacía de la técnica y la difusión de sus productos, si por un lado favorece el enlace entre las ideas y su aplicación, por otro acota el campo de la inteligencia desinteresada, gran productora de las concepciones totales del mundo. El espíritu analítico de las experiencias de laboratorio ha disgregado la gleba unitaria que es base de los sistemas filosóficos, ahora descompuestos en el ensayo y la monografía despreocupados de las grandes síntesis. En la literatura, la decadencia —más bien agotamiento— de la novela y del teatro y la proliferación de la biografía pueden ser considerados como síntoma de crisis de la imaginación creadora y de la incuriosidad por los grandes conflictos del alma y de la vida. En este orden, el lujo de la invención temática ha sido sustituido por la ambigüedad o el hibridismo de la ciencia-ficción.

La misma difusión de los goces, en la era que aquí se examina, se logra a expensas de la intimidad, la cual desaparece en la esfera de la reflexión y en la de la contemplación de la naturaleza en la soledad que depara la fruición aneja al despliegue del paisaje interior. En la primera, las ideas impuestas por la organización propagandística, y en la segunda, el turismo social invasor del medio geográfico integran el esquema de la edad de las masas.

Esta crisis de la intimidad encuentra reflejo significativo en los pro-

blemas planteados por la vivienda, problemas no sólo de escasez de número, sino de insuficiencia de espacio, cuyo índice se encuentra en concepciones como la de la vivienda-termitero, la vivienda-dormitorio y en la concepción urbanística que, según la expresión de Le Corbusier, contempla la casa como “máquina de vivir”. “Parece extraño —ha escrito Aronvici— que el país más rico del mundo, acaso el más pródigo y, sin embargo, el más eficaz en la producción por unidad de tiempo, deba resultar tan limitado en sus medios de dotar de individualidad y carácter al más esencial de los productos humanos: el hogar” (“La construcción de la comunidad”. Buenos Aires, 1965).

Es también un hecho de igual sentido, y en realidad concomitante del anterior, el abandono del campo en busca de satisfacciones de orden superior, pero que no son obtenidas sino al precio de la proletarización en las viviendas de suburbio y del tiempo empleado en el uso cotidiano y masivo del transporte.

Las corrientes superadoras

a) *la organización universal.*

En las reflexiones anteriores, el sesgo de la sociedad industrial va señalando el tránsito desde una concurrencia originaria hasta una concentración final.

Ha sido necesario atravesar etapas marcadas por contrastes, sintetizar tensiones y llegar al establecimiento de jerarquías funcionales que van vertebrando la nueva sociedad.

Es en las tendencias hacia la organización internacional primeramente y universalista después donde más nítidamente se refleja este proceso.

Originariamente, la concurrencia interindividual se trasladó al plano de las relaciones internacionales, pautadas por los Tratados, expresión a su vez del principio de la autonomía de la voluntad, esto es, de las soberanías de los jóvenes Estados nacionales. Por eso el liberalismo y el nacionalismo proceden de la misma raíz, aunque en su desarrollo el nacionalismo haya podido mostrarse infiel a sus orígenes amparándose en las dictaduras.

Ciertamente, la transformación anunciada por H. Spencer de la sociedad guerrera del pasado en la sociedad industrial del porvenir, contiene un esquema apresurado y simplista por mostrarse poco atento a la observación de las tendencias belicosas que se agitaban en el seno del industrialismo. Pero el esquema contenía elementos que aspiraban a pre-

figurar el destino final de la nueva sociedad. Conviene aludir a las etapas del desenvolvimiento.

Por lo pronto, la revolución industrial sentó las bases del advenimiento de la era del trabajo universal. Esto no equivalía a la paz, pero contenía gérmenes que, desarrollados, podrían conducir a ella.

Sin embargo, los resultados iniciales fueron los del choque en las guerras económicas y en las expansiones coloniales para la conquista simultánea de territorios y de mercados y para la explotación de la riqueza soterrada. Los ejércitos nacionales, instrumento de guerra territorial, recibieron la réplica del ejército industrial, nacido de las condiciones creadas por el capitalismo, y la violencia encontró la doble expansión de las guerras de conquista y de la lucha de clases.

El incremento y la generalización del progreso tecnológico habría de acentuar la desigualdad entre los Estados. No importaría ya tanto la abstracción jurídica de las soberanías como el perfeccionamiento del equipo industrial y los medios de explotación del invento. Los Estados poderosos llegan a poseer en exclusiva o constituyendo club los ingenios guerreros y las armas secretas, todo ello en virtud de la potenciación industrial.

Este movimiento ha generalizado el concepto de guerra totalitaria.

La facilidad de adaptación de los medios de producción a fines de destrucción y la facilidad para transformar las industrias civiles en militares ante los conflictos bélicos, crean los supuestos de la guerra total. Lo que la caracteriza es la supresión de toda diferencia entre el ejército combatiente y la población civil pasiva. En consecuencia, el ataque pesa masivamente sobre la población militar y sobre la retaguardia civil, indiscriminadamente. La destrucción del "outillage" industrial es primordial objetivo guerrero. El alcance, prácticamente indefinido de las armas convencionales, se duplica con el de las que surgen de los laboratorios por la manipulación y el envase de productos cuyo destino natural no está en constituirlos como elementos de guerra.

Además, en estas etapas, guerreras e industriales a la vez, se producen graves tensiones entre los países que han logrado altos niveles de desarrollo y los que permanecen estacionarios o deficientemente desenvueltos. Si el coloniaje favoreció al capitalismo de los países más ricos, la política social practicada en ellos se ha beneficiado del contraste con los países subdesarrollados, y el nivel superior de vida obrera alcanzado con los altos salarios en los países occidentales ha sido en gran parte logrado a expensas de las bajas retribuciones del trabajo en los países del continente americano o en los del tercer mundo. Se

trata, en realidad, de un cambio de peones en el tablero de la lucha de clases, y ésta ha sido la baza que paradójicamente ha jugado el socialismo de los países ricos, en detrimento del supuesto universalista del sistema.

La desigualdad y la concurrencia sobre las que se montó el industrialismo necesitan ser superadas. Como en todas las guerras, llega el momento de contar con el vencido para incorporarlo a nuevos logros y alcanzar metas superiores postuladas por las propias conveniencias del desenvolvimiento. El tránsito es visible en las necesidades de aglutinación que han marcado ya el fin del nacionalismo al ser sustituida la política de Estado nacional por la política de bloques, la cual es, simultáneamente, instrumento de universalización de la guerra y medio de negociación eficaz y simplificada.

El desarrollo de la sociedad industrial podría propiciar, en última instancia, la racionalización, a escala universal, de la explotación de la tierra y de la distribución de los productos de ésta y de los de la industria, impulsando el proceso de planetización cuyo cumplimiento requiere el establecimiento de una Autoridad única, de estructura democrática tal, que no responda a módulos de igualdad mecánica, que sería injusta, sino a la justa proporcionalidad de las aportaciones y de las influencias reales.

b) *la promoción social del trabajo.*

Interesa al propósito de estas notas la afirmación de que el progreso económico, desentendido al principio de los fines sociales y recluso en el ámbito técnico que él creaba, tiende a la socialización. Es más, se encuentra en la pendiente por la que el deslizamiento conduce al progreso social.

Como en tantas relaciones que vienen siendo invocadas, el desarrollo parece desmentir la procedencia, y podría entenderse que los fines pugnan con los orígenes. En éstos —en los orígenes—, los primeros desarrollos del invento más bien contrariaron el proceso de participación social en los frutos del progreso. La disolución de los vínculos de la antigua sociedad y la ruina de las jerarquías que eran consideradas como naturales fueron consecuencia del advenimiento de la máquina. Se relajaron los lazos de solidaridad, los cuales no fueron reemplazados por ninguna medida de protección. Pero acaso en ningún otro momento como en el de la iniciación queda acreditada la insuficiencia de la técnica para vivir de su propia savia. Al mismo tiempo, se presiente la

necesaria transformación de los equipos técnicos en obras sociales, como si el atributo de todo progreso fuera la onda expansiva que lo destina al servicio del mayor número.

Sin embargo, ya en los orígenes, de un modo subconsciente, fermentaba la alianza entre el instrumento técnico y un destino inseparable de la satisfacción de necesidades crecientes. La producción y la distribución llegarán a ser vasos comunicantes y no compartimientos estancos. La producción anónima y creciente del capitalismo resulta inseparable de la apertura de mercados y de la multiplicación de productos que requieren, a su vez, un aumento de consumidores. Con ello el elemento económico se acoplará al elemento social, y éste, a su vez, encontrará en el trabajo el denominador común que facilite el acceso a los bienes producidos.

Es importante detenerse en la consideración de los orígenes burgueses de estas transformaciones tan decisivas.

Las primeras implicaciones del movimiento industrial fueron meramente políticas, pero toda revolución política contiene los gérmenes de un cambio social. Esto fue bien visible en la Revolución francesa.

Se presta a meditación el hecho de que, habiendo sido la Revolución francesa, en su fase de lucha y de violencia, un movimiento de masas populares, los protagonistas no fueran los beneficiarios. Los frutos inmediatos los recogió la burguesía, producto del industrialismo naciente. Esta clase social adquirió de repente influjo político que habría de ser absorbente.

“Le tiers-état” de Siéyès era, en efecto, la clase media elevada por la Revolución al primer plano político. Pero cuando Siéyès afirma que el tercer estado, que no era nada, tenía que serlo todo, sentaba las bases de una organización política no clasista porque estaba nivelada por los principios de la igualdad ante la ley y ante el sufragio. Igualdad meramente formal, es cierto, pero en ella trasparecía una indiferenciación opuesta a todo privilegio y que en el correr del tiempo habría de producir consecuencias sociales.

La sociedad tiende desde entonces, por encima de las luchas y de las tensiones de clase, a modelarse en su totalidad sobre el patrón de la clase media. La misma sociedad sin clases del comunismo contiene una aspiración que, hasta donde pueda ser lograda, supone una vertebración social obtenida por la vía media de la suficiencia económica general, incompatible con los extremos representados por los prepotentes y los desvalidos. A esto mismo tiende el proceso de elevación simultánea de todos los sectores sociales para hacerlos partícipes de toda clase de

bienes, incluidos los que tradicionalmente eran considerados superfluos, que son los que señalan más acusadamente la elevación de los niveles.

Los Congresos celebrados por la Organización de Clases medias —el último, reunido en Madrid a fines de 1966— han querido calar en la impropiedad de esta denominación “clases medias”, ya que no han concebido a éstas como caracterizadoras de una franja social, sino como el elemento catalizador de la sociedad en su conjunto.

En el orden político, las tendencias de aproximación tienen su símbolo en la propia aproximación de las ideologías en una acción común que encuentra su eje en realizaciones coherentes y unitarias. Las múltiples formas de participación en la riqueza social son susceptibles de recibir denominadores comunes de “capitalismo popular” o de cooperativismo.

De este modo, el impulso de la burguesía ha señalado el rumbo de atenuación y de fusión de las diferencias sociales.

Otras consecuencias sociales deducidas, más o menos remotamente, del industrialismo trascenderán el horizonte utilitario y repercutirán, alterándolo, en el concepto mismo de promoción social. La dignificación del trabajo “in genere” como factor de elevación e igualdad humana es resultado de su generalización y de su necesaria difusión. Las nuevas realidades económicas producen una adaptación de las condiciones sociales anteriores.

La adaptación opera en una dirección doble: adaptación a las nuevas técnicas descubiertas por el invento. Es el caso, como ejemplo frecuentemente aducido, de la adaptación del antiguo conductor de vehículos de tracción animal a la conducción de caballos de vapor en el transporte motorizado. Ha sido un tránsito natural, una adaptación casi espontánea.

Pero existe, además, la adaptación vocacional despertada por las nuevas técnicas que extienden el área de la especialización, abre cauce a nuevas promociones de “élites” y establece una gradación muy matizada de ocupaciones.

Esta multiplicación de actividades se manifiesta en la creación de puestos de trabajo y determina una movilidad social de signo vertical porque permite el acceso individual a capas sociales superiores.

La progresiva complicación de las tareas en complicidad con la transformación del medio físico y de las localizaciones industriales es causa de otra movilidad —ésta de signo horizontal— originada por el desplazamiento de masas de población a lugares de trabajo mejor retribuido o dotados de otros alicientes.

La libertad de elección de trabajo, de índole vocacional, y la libertad de emigración, cuyo principal ingrediente es la libertad física, aparecen implicadas en el concepto de las múltiples oportunidades que depara el desarrollo.

No sólo se brinda el acceso a los individuos como ejercicio de una libertad primaria. Son las mismas capas sociales las que, en virtud de la permeabilidad que ofrece el acceso, se saturan de la nueva dignidad del trabajo. Y es el propio trabajo, valor social arraigado en un valor humano, el que en consonancia con un sentido de interdependencia de actividades y de esfuerzos atrae de modo preferente el respeto colectivo y la especial consideración a las tareas más requeridas por las necesidades del desarrollo, a cuyo impulso cobran valor y vigor las profesiones y los oficios.

La herencia estamental del honor la reciben nuevas ocupaciones. Si por una parte desaparece el desprecio hacia los oficios serviles, por otra la servidumbre crea el rango del servicio a la comunidad mientras se relaja el vínculo de servicio de hombre a hombre con su relación de superioridad e inferioridad de índole meramente individual. Aparece justificada por razones superiores e impersonales y por necesidades de la vida social como conjunto objetivo de tareas. A esta luz adquiere su verdadero sentido el apotegma de que no habría capitán si no hubiera labrador.

Esta nueva conceptualización del trabajo se proyecta en el modo y en la forma de prestar el servicio, en las genéricas protecciones que éste recibe, en su retribución, pero también en el concepto de autoridad que, sin menoscabo del rango, acentúa su carácter funcional. Y de este mismo concepto partirá la consideración de la empresa como comunidad que la democratiza en la gestión y en el beneficio.

Nuevas actividades y funciones equiparan los niveles profesionales y cumplen una labor de aproximación en las consideraciones sociales que a todas ellas se tributan. En las sociedades estratificadas o de escasa movilidad, el decoro rodeaba tan sólo a dos ocupaciones aristárquicas: la de la milicia y por extensión la de la toga, y ambas como dilatación de nobleza originaria. De ésta participa la promoción de los hombres de iglesia, cuya base de reclutamiento se situaba con anterioridad a la era industrial entre los segundones hidalgos. Es la aplicación de la inteligencia a las nuevas tareas requeridas por la edad tecnológica lo que produce corrientes de prestigio que han ensanchado el área de las profesiones ejemplares. Así, la Ingeniería, la Química, las nuevas profesiones sanitarias, y en nuestros días las relacionadas con el dominio del

aire y del espacio, la Economía..., sintonizan, sobre un plano de igualdad, con las antiguas profesiones que conferían dignidad social.

En esta elevación influye no tan sólo la necesidad de proveer a nuevas exigencias de la sociedad, sino el ejemplo de las personalidades señeras cuya dedicación transforma con nuevas aportaciones el acervo profesional y eleva el rango. Piénsese en lo que el ejemplo vinculado a los experimentos de Pasteur sobre la biología animal ha influido en la cotización social de las técnicas profesionales de la Veterinaria.

La conexión entre el espíritu de inventiva y la sociedad es siempre notoria, pero se manifiesta con vigor inusitado en las épocas en que los inventos se multiplican y con la multiplicidad se difunden vertiginosamente por su función activadora de las capas sociales más reacias a la adopción del cambio. En este sentido, las denominadas II y III Revolución industrial han adoptado desde su iniciación, y a diferencia de la I, un sesgo social. Los ininterrumpidos perfeccionamientos de la máquina de vapor pautaron las primeras transformaciones sociales. Después, el advenimiento de la electricidad, la industria del automóvil, la navegación aérea —hoy la navegación sideral—, la electrónica, el descubrimiento de los antibióticos, de la anestesia y de los analgésicos, no sólo se benefician del estruendo de la publicidad que, desde su pie, hace del progreso un patrimonio social, sino que se incorporan al haber, al saber y al hacer social, o sea a las formas de vida de la sociedad como un todo.

Llega el momento en que resulta imposible la disyunción del progreso económico y el progreso social. El desarrollo tecnológico podrá contribuir con su extensión a la plenitud del destino humano. “El progreso social —ha escrito agudamente un atento observador de la realidad social de nuestro tiempo— sólo es posible a través de un progreso económico que asegure una abundancia de bienes disponibles al servicio de la sociedad. Pero el progreso económico, a su vez, sólo tiene sentido al servicio de un progreso social, de una sociedad más justa, más libre y, por tanto, más humana.”

“Esta interdependencia constituye o debe constituir la justificación última de todo Plan de desarrollo.” (Siguán Soler, “Educación y desarrollo”, conferencia en el Centro de Formación y Perfeccionamiento de Funcionarios, curso 1966-67.)

Razones semejantes apoyan la reabsorción del aumento de la renta nacional para su distribución *per capita*, como postulado del sentido personalista del desarrollo.

La difusión del desarrollo es tanto moral como geográfica. Lo expresaba S. S. Paulo VI en el mensaje dirigido recientemente a la Confe-

rencia episcopal extraordinaria del CELAM, reunida en Mar del Plata durante el mes de septiembre último: "...la unidad y la fraternidad humana no deben limitarse al plano espiritual e individual, sino expresarse concretamente en la sociedad en todas sus dimensiones, y, consiguientemente también, a nivel continental y mundial".

Si se analizan los propósitos del desarrollo, se observará que entrañan un sentido que es inseparable de valores que son creencias del espíritu humano: la idea de naturaleza moral como expresión de lo que, siendo común a los hombres en su conjunto, necesita realizarse en cada uno de ellos, y la idea de bien común como cauce en que la unidad del género humano se realiza socialmente.

La incógnita del futuro y el problema de la conducta

Las consideraciones anteriores presentan el panorama de la sociedad industrial como dotada de interno dinamismo, que parece tan incontenible en su movimiento como irreversible en sus tendencias. Se ha llegado a la etapa industrial del desenvolvimiento de la Humanidad y no parece que pueda ser superada sino por el propio ritmo y el desarrollo de sus virtualidades. Puede ser considerada como etapa terminal en sus caracteres esenciales, pero es precisamente la esencia la que, dotada de múltiples posibilidades de expansión, requiere que el hombre dirija y domine los efectos para que no se vuelvan contra él.

La apelación al hombre desde la técnica contiene las pautas de una renovación incesante y de un progreso general que se extienda armónicamente a toda la actividad del hombre mismo en sí y en sociedad. Con lo cual, la técnica sólo puede ser fiel al hombre y al desarrollo manteniendo su condición de medio.

Esta apelación al hombre en interés de sus propios fines, confiere al perfeccionamiento un sentido moral y dota al esfuerzo de proporción y de medida. Pero el hombre es cada hombre individual y concreto y no puede ser considerado como mero anillo de tránsito en la cadena de las generaciones sin otro propósito que el de mantener el último eslabón. Habrá que renunciar a la consideración escatológica que contempla la resolución del proceso histórico al través del mito catastrófico y de un acabamiento mesiánico que ha de redimir a la Humanidad, y no al hombre: a una Humanidad investida de plenitud en una generación última montada sobre el sacrificio de todas las precedentes. Tal es la tesis colectivista que abre, entre montones de ruinas, la senda de la emancipación para el cumplimiento terrenal de una ilusión paradisíaca.

El desarrollo de la sociedad industrial revela la existencia de un juego dialéctico que no puede tener su resolución en la propia inmanencia. Hay elementos fluctuantes, tendencias y condicionamientos que contribuyen a situar la libertad, pero que no la anulan. Es condición de libertad la restricción y los condicionamientos reales que la diferencian del azar y del capricho. Por esto es incierto el futuro, y el progreso está acompañado por la angustia. Como ha escrito Edgar Morin: "El porvenir se presenta nebuloso, incierto; es un porvenir donde tan posibles son la edad de oro como la desintegración atómica" ("El porvenir de la sociedad francesa", Rev. esp. de la opinión pública, julio-septiembre 1966).

La técnica, con toda la grandeza de sus conquistas, se encuentra en la encrucijada: puede servir al hombre o volverse contra él; hay tiempo y ocasiones para ambos resultados porque el proceso es largo, y múltiples las interferencias. Lo acreditan los efectos contradictorios producidos por las idas y venidas de las ideas que constituyen la trama de la era tecnológica y que hemos procurado resumir. Ante el nuevo horizonte, sigue en pie el problema de la libertad transfundida en las direcciones del comportamiento. Las técnicas de dominio de la naturaleza y el desarrollo de las ideas en el mundo actual, en otros términos el saber técnico y el saber intelectual, han de estar encauzados, porque no se bastan a sí mismos ni es tampoco suficiente su alianza. El proceso social se encuentra en un punto que paraliza la marcha regular hacia un destino humano. Ni la tecnocracia ni el pensamiento culturalista pueden aclarar el horizonte nublado de contradicciones y de incógnitas. Se requiere retornar a las fuentes primigenias del buen sentido, obnubilado por las complicaciones del progreso material, por el juego frívolo de ideas fragmentadas y por la nueva alquimia brindada a la legión de aprendices de brujo. Sólo el buen sentido, estimulado por el temor de la catástrofe, puede restablecer el equilibrio. No basta una prudencia temperamental que pueden poseer los hombres que desconozcan las complejidades de lo real; tampoco basta la prudencia política interesada por la eficacia. Es necesaria la prudencia nutrida de una moderación que no sólo sea virtud moral, sino síntesis de profundo conocimiento, un resultado, más aún que un punto de partida, una conducta transida de sentido. En el libro de los *Proverbios* está escrita la sentencia: "Posee la sabiduría y con todo lo que posees adquiere la prudencia."